

PRECIO EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Cuatro cuartos número.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia al DIRECTOR de GIL BLAS.

DIRECTOR:

LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon.	15 reales.
Por seis id.	28 »
Por un año.	50 »
EXTRANJERO.—Tres meses.	30 »
ULTRAMAR.—Un año.	6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, —jueves y domingos

Cuatro cuartos número.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

DIBUJANTE:

FRANCISCO ORTEGO.

GIL BLAS

CRÓNICA POLÍTICA

El señor marqués de Miraflores ha creído que al terminarse el año 1867 debía decir su modo de pensar sobre la política. No seré yo quien niegue al señor marqués este derecho ni creo que el año 1867 se opondrá á ello. Ciertamente que el año 1867 ha sufrido grandes desengaños; ciertamente que no debe estar muy orgulloso de las culpas que le hemos echado encima. Desde las maravillas del fusil chassepot hasta el huracan de la isla de Tórtola hay menos distancia de la que á primera vista parece: entre estos dos hechos necesitaba 1867 una obra que pudiera endulzar las amarguras de su historia, y esta obra es la carta del señor marqués de Miraflores, salida de uno de esos rincones diplomáticos de su magin en el período más oportuno de nuestras reyertas políticas.

El señor marqués no puede negar sus tradiciones diplomáticas: despues de la tormenta, la calma; despues de la guerra, los cimientos de la paz. La primera es la obra del guerrero; la segunda, la del diplomático.

¿Está todo arreglado? Pues esta es la ocasión de que yo lo acabe de arreglar.

¡Oh génio de la diplomacia, yo te admiro sin consecuencia y me postro ante ti!

Si allá, en los senos de lo desconocido, en algun planeta Junius, como el que sirve de ciudad á los espiritistas, hay un sér que pida cuentas á los años que se van, 1867 podrá responder con orgullo:

—Poderoso señor, al terminar mi reinado me encontraba muy triste. Solo habia podido resolver una cuestion, y ya estaba con el pié en el estribo, cuando la flor de los diplomáticos españoles, compadecido de mí sin duda, me echó á cuestras una carta política que dió mucho que hablar y nada que hacer. Era una carta conservadora que he tenido buen cuidado de no conservar.

—¿Y qué decia esa carta?
—Que los partidos liberales estaban muertos, que los monárquicos puros eran locos, y que, por consiguiente, no quedaba en España más partido que el conservador, razon por la cual el señor diplomático creia de su deber aconsejar la union entre los conservadores.

—Desde el momento que no habia más que conservadores, ¿a qué esa union? La union es la fuerza, ¿contra quién deberia emplearse esa fuerza?

Ante estas preguntas no sé yo qué podria responder el año 1867.

De todos modos, la carta del señor marqués de Miraflores, si no resuelve nada, tiene en cambio el privilegio de dejar las cosas como estaban, y de decir unas cuantas verdades que á nadie interesan.

El ilustre marqués dice que quiere levantar su espíritu á la region serena de las ideas y apartarse de las personalidades, en prueba de lo cual, al nombrar los dos partidos existentes últimamente (con lo que da á entender que no hay otros), dice: «Union liberal, ó sea O'Donnell, y moderado, ó sea duque de Valencia.»

Esta ingeniosa manera de combatir las personalidades da un petardo al mismo sol.

No contento con esto, dice más adelante, refiriéndose á los progresistas:

«¿Qué cabeza reconocia este partido, ni antes ni despues de la época en que determinó su abstencion? ¿Era el duque de la Victoria? ¿Era el general Prim? ¿O era Olózaga?»

¡Ah, respetable, venerable é incommensurable diplomático! Huyendo de las personalidades ha mojado su aristocrática y diplomática pluma en el tintero de la más negra personalidad.

¿Con que le parece á Vd. mal que no sepamos cuál era la cabeza visible del partido progresista? Pues esto prueba una cosa que en su ilustracion no deberia desconocer, y es, que no teniendo cabeza alguna, obedecia sólo á los principios escritos en su bandera. ¿Podria desear más un diplomático reñido con las personalidades?

Otro párrafo de la carta política del señor marqués, párrafo que merece uno aparte, es aquel en que dice, apoyándose en las palabras del decreto de Fernando VII en 1814, que el *despotismo no lo sufren ya las naciones cultas*, y que, sin embargo, España lo toleró, con cortos intervalos, hasta 1834.

Tanto y tan grande es el amor que el señor marqués manifiesta á los principios del derecho moderno, que busca para defenderlo un argumento que prueba precisamente lo contrario.

¡Conservaduría liberal, hé aquí su doctrina!

En resumen: ¿qué dice la carta política de ese ilustre y venerable diplomático que viene desde 1814 diciendo todo lo que se le antoja, sin habérsele antojado en tantos años decir una cosa buena?

Dice que no hay más partido que el partido conservador.

Dejémosle vivir con esta para él dulce ilusion; la vida es corta, y no seria justo que nosotros los muertos fuésemos á dar un disgusto al diplomático marqués, jefe del ministerio que publicó la circular sobre elecciones, causa del retraimiento.

¡Ah, noble marqués! si cuando publicásteis aquella circular hubiérais tenido á mano una buena dosis de esa templanza y esa conciliacion que ahora pedis, ciertamente que no hubieran salido de la órbita legal los partidos liberales, ni tendríais que aconsejarnos que oyésemos vuestra voz al borde de una tumba.

LA CIVILIZACION EUROPEA

¡Oh progreso de la tierra clásica, de la tierra que conserva el polvo de la sagrada antigüedad! Tú llevas la iniciativa, tú manejas la pluma y el látigo, la estrignina y el chassepot, y la humanidad se inclina ante tu sabiduría.

Ejemplo al canto. Inglaterra sigue en su dulce manía de civilizar á los pueblos orientales. Otras locuras he visto más intencionadas.

Inglaterra ha sentido un ultraje. El rey Theodoros, que es emperador por todas las gracias del cielo, segun dice él, y que sabe más que Lepe, segun afirma el mismo autor, se ha dignado almorzar un dia rosbif inglés hecho con chuletas de caballero diplomático, que es la carne más suave para un salvaje africano.

Parece que así que probó la carne diplomática el rey Theodoros, concibió el pensamiento de casarse con la reina Victoria.

A cuyo fin se dijo:

—«Cielos poderosos que me habeis hecho emperador sobre todos los emperadores de poco más ó menos que andan por estos desiertos, cielos propicios, juro por quien soy que me gustan los ingleses. Ahora bien; como en esos paises desconocidos que llaman europeos está probado que la mujer es más fina que el hombre, á mí que me gustan los ingleses, calculad ¡oh cielos! si me gustarían las inglesas. ¿Y cuál es la inglesa más fina, más distinguida, más digna, en fin, del manjar de un emperador africano hijo de padres negros en primer lugar y de los dioses despues? No hay que dudar, la mejor inglesa es la reina Victoria. Pues está dicho; me voy á casar con la reina Victoria. A ver, que venga mi secretario número 85 y redacte una carta en términos mesurados.»

¡Y vean Vds. de lo que dependen la paz de las naciones y las vidas de tantos negros y blancos!

La reina Victoria ha despreciado á Theodoros, al emperador de Abisinia por todo lo alto.

Y el emperador se ha comido de rabia tres ingleses fritos.

Y la Inglaterra, viendo este apetito, le ha declarado la guerra, con propósito de civilizar aquellos lugares.

La expedicion está ya preparada. En cuanto ha circulado por la civilizada Europa esta noticia, todos se han apresurado á llevar su óbolo de civilizacion á Abisinia, haciendo ofrecimientos al ministro de la guerra inglés.

Por casualidad han caido en poder de GIL BLAS una porcion de cartas de las remitidas á Inglaterra.

Ofrecemos aquí las primicias de algunas, en las que se ofrecen los medios más conocidos hasta ahora como infalibles civilizadores:

Señor ministro de la Guerra, en Londres:

Habiendo llegado á mi noticia que está próxima á emprender su marcha la expedicion que ese gobierno envia á Abisinia, debo hacerle presente que acabo de descubrir, merced á grandes vigilias, trabajos y ensayos repetidos, un cañon que puede llevar á cuestras cualquier soldado, y con solo cargarlo por la mañana está haciendo fuego todo el dia sin la menor interrupcion. Puedo asegurar á ese ilustrado gobierno que con mi invento pueden matarse 300 hombres por minuto.

No dudando de la utilidad que reportará mi descubrimiento á la causa de la civilizacion y de la humanidad, me atrevo á esperar una recompensa proporcionada al mérito que encierra.

Van-Kramoner,

aleman de profesion.

Señor ministro de la Guerra, en Londres:

El que tiene el honor de dirigir á V. E. la presente

carta, es un español de la decadencia. No ha inventado más que una cosa, pero buena: un bozal de acero finísimo para la raza canina.

Este bozal, aplicado á los abisinios, dará grandes resultados. Es menester que esos pueblos bárbaros se civilicen, para lo cual es indispensable plantear una administración previsional.

Pongo mi invento á disposición de V. E., y me ofrezco suyo afectísimo,

J. Rodriguez-Gimenez-Gonzalez,
suscriptor de La Esperanza.

Señor ministro de la Guerra, en Londres:

Ríase V. E. del fusil de aguja, del fusil chassepot y de todos los fusiles hasta ahora conocidos.

El que acabo de descubrir mata un hombre antes de salir de su casa para la guerra.

Armado con él el ejército inglés, es seguro que, apenas llegue á la frontera de Abisinia, mueren en sus propias chozas los salvajes de aquella comarca.

Acepte V. E. mi sistema, pues me atrevo á ofrecérselo por contrata á un precio muy económico.

Un sobrinito de Chassepot,
francés por temperamento.

Señor ministro de la Guerra, en Londres:

No dudo, Excmo. Sr., que habrá llegado á Inglaterra la fama de mi nombre.

Yo soy un químico de lo poco que hay.

Cuarenta y ocho años metido entre retortas y simples, me han dado una experiencia sobre las aleaciones y amalgamas que me atrevo á meter una estrella en el crisol y descomponerla como un diamante.

El objeto de esta carta, Excmo. Sr., no puede ser más humanitario.

Merced á mis análisis he descubierto una pasta de sustancias vegetales que usándola un soldado puede ahorrarse la ración de pan, carne y vino.

Esta pasta, Excmo. Sr., no tiene más que un inconveniente, y es que el que la usa ocho días se envenena.

Pero como lo que á Inglaterra importa en estos casos es la economía de los alimentos, quiere decir que puede reservar la mayor parte de la pasta para regalarla á los enemigos, en lo cual les hará un favor, pues que se morirán antes de ser vencidos.

Tengo depósito en París, junto al Sena.

Chilindrin,
filósofo-químico.

Señor ministro de la Guerra, en Londres:

He descubierto un líquido de maravillosos efectos, tan maravillosos ó más que los del físico Chassepot.

Mi líquido, al que llamaré *la venganza de los dioses*, puede llevarse cómodamente en el bolsillo.

Un frasco pequeño contiene suficiente cantidad para que, echado en una calle ó en un campo cualquiera, se incendie la población más inmediata de cabo á rabo.

Una de sus mejores ventajas es que no dá tiempo á que huyan los habitantes.

Ya que Inglaterra va á civilizar esas tierras africanas, le ofrezco mi elixir, que puede ahorrarle tiempo en el camino de su civilizadora marcha hácia el bien del género humano.

La historia nos guardaría un puesto en sus anales.

Matarini,
italiano por convicción.

Suspendemos la copia de otras cartas preciosas en que se dá una ligera muestra de los progresos de la vieja Europa aplicados al arte de la guerra.

¡Dichosa Inglaterra si se aprovecha de ellos y los lleva á la práctica!

¡Más dichosos aun los salvajes, porque dejarían de serlo!

LAS NOTABILIDADES DEL DIA

EN TODOS LOS RAMOS.

MEISSONIER.

No todos los retratos han de ser de eminencias políticas ó literarias.

¡Plaza á los artistas!

El que he nombrado es harto conocido en el mundo y en España—que no tiene nada de mundo; pero si no lo fuera, una noticia que han publicado los periódicos de Madrid estos días sería bastante para que inspirase interés á los lectores.

«El célebre pintor Meissonier no ha querido vender un cuadro que acaba de pintar por 150.000 francos. Quiere 200.000 y está seguro de que se los darán muy pronto.»

Esto sobre poco más ó menos han dicho los diarios, y si á los pintores madrileños les parece Meissonier un personaje mitológico, ¿qué no pensarán de él los que no pintan... más que la mona?

¡200.000 francos por un cuadro de escasas dimensiones que se titula 1807!

No valió tanto el año.

—¿Y quién es ese artista? ¿Cómo ha llegado á encontrar quien le dé por un cuadro 40.000 duros?

Van Vds. á saberlo.

Meissonier es un hombre de unos cuarenta á cuarenta y dos años, de pequeña, de casi microscópica estatura, pero gordo y sano como una manzana.

Conocedor de su época, tuvo bastante talento para aceptarla.

—Los grandes cuadros, se dijo, no caben en las pequeñas casas que hoy se fabrican: hagamos cuadros pequeños.

Y los hizo.

—La fotografía, añadió, va á herir de muerte á la pintura: luchemos con ella.

E hizo fotografías con el pincel.

Gran colorista, profundo y malicioso observador, verdadero artista, dió en el *quid*. Sus cuadros eran pequeños, pero por lo mismo podían lucir en los gabinetes azul ó rosa de las damas elegantes, en los despachos de los banqueros.

Sus primeros ensayos se vendieron bien, los corredores de cuadros le fatigaron con encargos, quisieron explotarle, pero no contaron con su talento práctico.

De cuadro á cuadro aumentaba mil ó dos mil francos en el precio.

Se los pagaban, y en poco tiempo llegó á ganar al año 100, 200 y hasta 300.000 francos.

En las exposiciones obtenía siempre premios, su estudio se llenaba de discípulos de todos los países, el nuevo género obtuvo gran boga, y Meissonier se encontró á los treinta años con que era el pintor más rico de Francia.

Trabajador, no dejó de explotar el filon que tan buenos resultados le daba; artista poderoso, comenzó á vivir á su gusto.

Buscó en Poissy un retiro; se fabricó una alquería, una casa de campo con todas las comodidades y encantos de las villas italianas; compró briosos caballos y dos ó tres canoas; montar á caballo y surcar las aguas del Sena fueron sus distracciones favoritas, y no tardó en verse visitado y hasta adulado por altos personajes, por opulentos lores, por pródigos bayardos que le dejaban por sus diminutos lienzos puñados de rublos y de libras esterlinas.

Desde entonces puede decirse que es el niño mimado de la fortuna.

Solo abandona su casa de campo cuando le llama r-emperador para sentarle á su mesa, ó algun elevado personaje para que le retrate.

Su precio, es sabido, mil francos por sesión.

Hizo un retrato de Mr. Fould que le valió 100.000 francos.

Conviniéron en que con diez sesiones tendría el pintor bastante, pero el ministro tuvo que pedirle noventa veces que le dispensara porque tenía que despachar asuntos urgentes.

—Nada... nada, decía Meissonier, haga Vd. lo que quiera, yo volveré.

Al terminar el retrato le envió la cuenta y el ministro se la pagó con cien billetes de mil francos y esta línea: «Este es mi mejor retrato.»

Meissonier es severo hasta con sus propias obras.

Cuando un cuadro no le gusta, lo rompe.

Un *marchante* judío esperaba con ansia un cuadro suyo.

—¿Está ya concluido? le preguntó un día.

—Sí, pero no me gusta.

—Eso qué importa, firmadlo y es dinero.

—No, he resuelto romperle.

—¿Qué vais á hacer?

—Lo dicho.

—Dádmelo y yo lo romperé.

—No, porque sois judío y seriais capaz de venderle.

Por lo general, rompe pocos cuadros.

Meissonier adora á los españoles: ¿por qué, dirán ustedes? Pues no es ni más ni menos que porque nació Cervantes en España.

El autor del *Quijote* es su ídolo.

Un día se presentó un joven de diez y seis ó diez y siete años en su estudio.

—Vengo á ver si quiere Vd. ser mi maestro, soy pobre; pero adoro el arte y me entusiasman sus cuadros de Vd.

Pronunciaba mal el francés, y le preguntó el artista: —¿Es Vd. extranjero?

—Soy español.

—¡Compatriota de Cervantes!... A ver, haga Vd. un boceto.

El joven lo hizo, y no pudo negar que había nacido bajo el cielo de España.

—Venga Vd. cuando quiera, le dijo el pintor.

El joven, ébrio de alegría, estrechó su mano.

—¿Cómo se llama Vd.? le preguntó Meissonier.

—Eduardo Zamacois, contestó el joven.

Hoy es uno de sus mejores discípulos en todo, hasta en lo de ganar dinero.

Ruiperez, el malogrado Ruiperez, fué también uno de sus mas aventajados discípulos.

Meissonier es rico, está condecorado por muchos soberanos, vive como un príncipe y es el hombre mas feliz del mundo cuando maneja los remos ó se mete en sus botas de montar.

Su única debilidad es la afición al dinero.

Cuando va algun ocioso á verle, saca Meissonier el reloj:

—Querido, dice, no puedo estar mas tiempo parado, le he regalado á Vd. 1.350 francos.

—¿Cómo?

—Sí, un cuarto de hora.

En efecto; el artista ha calculado lo que gana cuando trabaja.

¡Un franco y 50 céntimos por segundo!

Algo mas que los coches por hora.

¡Pobre Murillo! ¡Pobre Rafael!

LA ELOCUCION DEL SILENCIO

Pasillo que está pasando en el siglo XIX.

—Pido la palabra, mejor dicho, la tomo, y allá va mi manifiesto: «*¡Españoles no sois? Pues sois valientes: quiero decir, señores, que todo ha terminado: los verdaderos amantes de las ideas que yo defiendo, únicas aceptables, estamos en el caso de olvidar toda antigua disidencia, toda injustificada prevención para entrar de lleno en el campo de la legalidad. Aquí está la bandera: agrupémonos en rededor de ella, y en marcha, unionistas.*»

(El orador coge la bandera y se dirige al campo de la legalidad, los unionistas le siguen. Todos se detienen delante de la puerta aguardando á que la abran.)

—Ya estamos acá todos, caros amigos, ¿cuánto tiempo sin vernos!... Todo ha concluido: ¿no os lo decia yo? Pero ya se ve, vosotros no quisisteis creerme y ahora tocais los fatales resultados de haber desatendido mis prudentes consejos: ea, pelillos á la mar y allá va un manifiesto. Conciliacion, olvido, union, hermanos progresistas, mis ideas—únicas aceptables—son las que debéis defender. Agrupáos conmigo alrededor de nuestra gloriosa bandera, y marchemos decididamente á combatir y á sostener nuestros principios allá en el campo de la legalidad.

(El nuevo grupo se dirige entusiasmado al campo en cuestion, y hace alto al llegar allí, esperando á que se abran sus puertas.)

—Yo también quiero decir algo á mis correligionarios: tú, amigo mio, tú, mi fiel representante, echa un discurso.

—Señor, si no queda nadie.

—No importa: es necesario hablar.

—Pues hablo.

(Suena un discurso que nadie oye y aparece un manifiesto que nadie lee.)

Paso, paso, otro manifiesto: ¿quién habla? un conservador. Oigamos, oigamos:

—Señores, la conciliacion, la union, el olvido de las pequeñas animosidades; esto exigen de nosotros el bien del país; defendamos nuestras opiniones—únicas aceptables—en el campo de la legalidad. Agrupémonos alrededor de esta bandera y marchemos llenos de ardor y de esperanza.

(Este grupo se detiene como los anteriores delante de la puerta, que todavía no se ha abierto.)

CABOS SUELTOS

Recibimos ya tarde el primer número de *El Eco Nacional*, periódico progresista, y nos apresuramos á saludarle como aquel que encuentra á un hermano después de un largo y penoso viaje.

Reciba *El Eco Nacional* nuestro cariñoso apretón de manos ¡y á luchar!

—¿En dónde pescan los cangrejos? preguntó una dama á un vizconde de los más elegantes.

—No lo sé á punto fijo; pero es fácil adivinarlo. ¿No son colorados?

—Sí.

—Pues entonces, de seguro los pescan en el mar Rojo.

El mejor elogio que puede hacer la mujer del hombre es este:

—¡Qué malo es Vd.!



El Prometeo del siglo XIX.

Cuadro mitológico para la Exposición del porvenir.



Question íntima.

—Hija mía, estamos mal. El telégrafo nos dice que en Londres, en Berlin, en París y en Viena se encarece el pan.
—Pues eso es el cólera... del estómago.

Á TRAVÉS DE LOS BAÑOS MINERALES

(historia de un soltero cursi).

(Conclusion.)

—¿Y qué vas á hacer ahora?
—¿Cómo qué voy á hacer?
—Digo si piensas casarte, á pesar de esa cara...
—Si Eugenia me quiere como antes...
—Chico, se me figura que no estás en lo firme; tú fuiste á componerte la cara, y no me parece conveniente que vuelvas con ella descompuesta. Esto por un lado: por otro veo que en Francia no te han tratado como mereces... Estoy harto de leer en *La Correspondencia* que el emperador no ha hecho este verano más que obsequiar á todos los forasteros: ¿por qué no se habrá acordado de tí? ¿Tendrá algún resentimiento con los españoles?

Después de rendir este tributo al cariño filial, Pacholi se dirigió á casa de Eugenia.

A medida que iba acercándose á la calle del Sordo, las piernas le flaqueaban. Conocía entonces los inconvenientes de su cara.

Llegó por fin á la casa.
Penetró en la sala, y ¡oh sorpresa! hablando con Eugenia y su papá D. Segundo, estaba el inolvidable señor de Pachon.

III.

¡Ah! ¡que los dioses propicios no me hubiesen dado una pluma suficientemente *cursi* para pintar la emoción de Pacholi!

Todas sus sospechas las veía realizadas en un momento. El Sr. de Pachon era su rival; no había más remedio que luchar con aquel hombre que por todas partes le salía al paso.

Al verle Jacinto experimentó una sacudida dolorosa. La sangre se le subió á la cabeza y el juicio se le bajó á los pies.

No se atrevió á menearse por temor de dar con su cuerpo en tierra: las piernas le hacían traición.

¡Celos! ¡Celos el hijo del fosforero! ¡el fogoso paladin de la cara torcida!

Todos los nervios de su cuerpo se retorcieron de pena; las manos se le agarraban; y en este instante supremo, en que dudaba si volverse atrás ó si arrojarse so-

bre su rival, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, como quien dice:

—¡Al vado ó á la puente!
El volcan de las pasiones, como dicen los novelistas, había arrojado su lava ardiendo por el interior de nuestro héroe, y el calor le subía al semblante.

Como una cuerda de guitarra al sentir de pronto el cambio atmosférico, así estallaron las cuerdas de sus nervios, causándole un dolor vivísimo.

Al propio tiempo tuvo lugar la siguiente escena entre cuero y carne:

La electricidad.—¿Quién me empuja? Estaba yo durmiendo tan tranquila cuando siento un codazo feroz... ¿Se puede saber quién llama?

El magnetismo animal.—Soy yo, vecina. ¿No sabe usted lo que anda por aquí?

La electricidad.—Ni me hace falta.

El magnetismo animal.—Pues anda una que va á ser sonada. ¡Yo me quemó y me voy! ¡Hasta la vista!

La electricidad.—Veamos lo que anda por aquí... Allá abajo parece que riñen; la sangre corre alborotada, los nervios piden socorro... ¡Malo! En cambio oigo unas voces fuera... Sí, sí, el tiempo ha cambiado... En la atmósfera se está formando una nube inmensa. ¡Me llaman!... Toda mi parentela se está reuniendo allí. ¡Corramos!

Apenas los flúidos tomaron las de Villadiego, la cara de Pacholi recobró su antigua regularidad, y con ella la hermosura que había sido causa de que Eugenia se enamorase de él.

Eugenia fué la primera que lo notó y dijo:
—Bendito sea Dios que al fin vuelves curado.
—Calle, dijo D. Segundo, pues es verdad.

El Sr. de Pachon se mordió los labios.
Pacholi creyó que se burlaban de él, y su enojo iba ya tomando proporciones alarmantes.

—Acérquese Vd., buen mozo, le dijo por fin el padre de Eugenia, acérquese acá, que quiero verle esa cara.

—Reciba Vd. mi más cordial enhorabuena, añadió Pachon.

Aquí pudo decir Pacholi como el P. Sanchez: ¡Se nos acabó la paciencia! Y en efecto, se le había acabado; así es que, ciago de furor y olvidándose del sitio en que estaba, se arrojó sobre su rival, y tuvieron los otros que separarlo.

—¡Hombre! ¿A qué viene eso? le preguntó D. Segundo así que pudo calmarlo.

—¿No vé Vd. cómo me provoca ese hombre? No puedo consentir que se burle de mí.

—Si dice la verdad, yo te digo lo mismo.

—Basta, D. Segundo.

—Y Eugenia te dirá otro tanto.

—¿Pero es una conjuración?

—¿Por qué?

—Yo vengo como me fui.

—¡Muchacho, tú estás loco!

Eugenia se levantó corriendo, cogió un espejo y se lo puso á Pacholi delante, diciéndole:

—Vamos, haz el favor de mirarte.

Aunque algo escamado, cogió el espejo y se acercó. Lo mismo fué notar que había desaparecido la grieta que los flúidos habían hecho en su rostro, soltó el espejo y dió un salto de alegría.

—¡Oh felicidad! ¡Oh papá suegro! ¡Oh mi adorada Eugenia, y Vd., respetable Sr. de Pachon! Vengan todos á mis brazos. ¡Hoy pago la fonda para todos!

Epílogo.

Por fin se casó Pacholi con su adorada Eugenia. No pudo llegar más á tiempo la mejoría del jóven, porque ya estaba tratada la boda con el Sr. de Pachon, si como esta había dicho volvía de los baños Pacholi con el mismo defecto.

Pero no se lo digan Vds. á Pacholi; el pobre no se atreve á pensar tan mal.

Tan grande era la dicha que alcanzaba con este casamiento, que quiso hacer partícipe á todos sus conocidos.

—Y ese pobre Manguela, qué hará á estas horas? Se decía poco despues. Voy á buscarle y á regalarle algo para que tenga algun recuerdo de mi ventura.

Fué al café de las Cuatro Naciones y preguntó por Manguela.

—¿Manguela? contestó un chulo que estaba acompañando con las palmas á una jóven *cantaora*. Manguela no está ya en Madrid.

—¿Pues dónde?

—¿Quién sabe? La policía se lo ha llevado.

—¿Por qué?

—Por vago.

—¡Pobre chico! Nadie trabaja tanto como él por buscarse un duro.

FIN.

Luis Rivera.

El P. Maldonado llama miope al P. Sanchez. Y el P. Sanchez jura defender á todo sacerdote que se halle en posesion de su honor. ¡Aten Vds. cabos á estos dos padres!

Hé aquí un pensamiento del P. Maldonado: —Las apologias en vida son oraciones fúnebres salpicadas de inconveniencias. ¡Digo, digo, digo!

Dice El Imparcial que los agentes del periódico La Constancia andan reclutando suscritores, ofreciéndoles la influencia de sus redactores, que son todos diputados.

Nunca como ahora se ha despertado en Madrid la manía de los carteles de anuncios. Por la calle hay dos ó tres carros anunciando, mientras se publican cuatro ó cinco entre carteles y periódicos destinados al mismo objeto. Solo falta ya gente que pague los anuncios.

Una inglesa rubia, pálida, poética como un sueño, vaga como una melodía de Lamartine, entró en la plaza de toros la otra tarde.

Habia novillos y otras barbaridades, á pesar de lo cual no hubo muerte alguna. Iba á terminar la funcion.

El español que servia de cicerone á la linda inglesa le preguntó: —¿Se ha divertido Vd.?

—¡Yo aburrirme! contestó ella. —¿Por qué? —¡No morir nadie! ¡Vaya una diversion!

Un zapatero aficionado á la política ha dicho: Italia es una bota á la que Francia da lustre todas las mañanas.

Carulla continúa implacable remitiendo cartas. Cada una es más deliciosa que todas las anteriores: en la del lunes dice que en el edificio de San Miguel hay huérfanos y huérfanas, ancianos de ambos sexos, y presos políticos. Con que ancianos de ambos sexos; caramba qué cosas tan estrañas se ven.

En la misma carta dice el intrépido zuavo que él es un católico desparramado por el mundo. Como que los neos son, á la verdad, toítos.

montonsitos, montonsitos de gloria con sal molia.

«Oyendo cantar á una artista italiana, dice Carulla, pensaba en las armonías que deben resonar en el cielo.»

Esto es un plagio. Antes que Carulla, habia dicho Manolito Gazquez una cosa muy parecida.

La polémica de los dos periodiquitos neos, que principi6 por ser grotesca, va á concluir por hacerse repugnante.

Cuarenta y cinco veces llama el P. Sanchez calumniador al Sr. Vildósola.

Treinte y cinco llama el Sr. Vildósola embustero al P. Sanchez.

Por algo menos hemos visto llevar á muchas mujeres á la prevencion.

El artículo en que La Lealtad replica á La Regeneracion se titula Lenguaje de taberna.

Es decir, lenguaje de neos. Esto nos recuerda al sereno de la calle de Sevilla la noche de un escándalo á la puerta del café Europeo.

—¿Qué ha sido eso, sereno? preguntó un curioso.

—Nada; dos caballeros que disputaban porque uno habia quitado la capa á otro. ¡Cosas de ellos!

Parece que muy en breve se publicará, con el título de El Porvenir, un diario progresista.

A fé que lo deseamos mucho.

—Mi mujer está muy mala, padece dolores interiores muy agudos. ¿Qué médico me aconseja Vd. que llame?

—Sufriendo tanto interiormente, debe Vd. llevarla á Francia.

—¿Por qué?

—Porque allí hay ministro de lo Interior.

En Tortosa se ha establecido el alumbrado de gas Arbós, sistema que lleva el nombre de su inventor, el sacerdote D. Jaime Arbós.

No se lo digan Vds. á La Esperanza.

El célebre Sr. Bastús, ese filósofo que anda siempre por el Rastro literario buscando curiosidades, publica en El Museo Universal un artículo sobre el número siete.

Entre los siete que señala hay un renglon que dice: Los siete ministerios.

Y debajo esta nota: —Hoy son ocho.

¿Quiéren Vds. mayor inocencia?

—¡Tilin! ¡tilin!

—¿Quién es?

—¿Está la señora?

—Está, pero no visible.

—¿Cómo es eso?

—Diré á Vd., la señora está tan delgada que en cuanto se quita el miriñaque no hay quien la vea.

—La justicia castiga tarde ó temprano á los culpables, decia un juez á un reo.

—Es verdad, tarde á los que tienen suerte, contestó el acusado.

Un marido quiso tener el busto de su mujer en mármol, y lo encargó á un escultor.

El artista celebró dos ó tres sesiones con la dama para copiar con exactitud la cabeza, y el resto lo hizo en su casa.

Una vez concluido, convocaron los esposos á varios amigos para que lo vieran, y chocando á las damas la perfeccion de los hombros y el pecho, que se veia más

de lo que permite en sociedad el escote de los vestidos, preguntó uno:

—¿Cómo ha hecho esto el escultor?

—De memoria, contestó el marido.

Escena entre un amo y su criado.

Amo.—Lleve Vd. en seguida esas cartas á la señora. Criado.—¿Sin leerlas yo antes?

La escena pasa en el despacho del director de una de las más desacreditadas sociedades de crédito.

El director está arrellanado en una butaca delante de la chimenea.

Entra un caballero...

—Amigo mio, le dice el director reconociéndole, no puedo hacer nada por Vd.

—Sin embargo, mis méritos...

—Me es de todo punto imposible...

—Piense Vd. que llevo de Málaga, donde he quebrado.

—¡Ah! Vd. ha quebrado siendo tan joven.

—Sí, señor, fraudulentamente.

—Tome Vd. asiento, amigo mio.

—Una quiebra que no ha dejado un solo céntimo á los imponentes.

—Calíntese Vd. un poco, que hace frio.

—Lo que no ha sido un obstáculo para que me condenen á cinco años de presidio.

—¿Fuma Vd.?

—De los cuales me he librado desfigurándome y cambiando de nombres.

—Pues nada, es cosa hecha. Estamos muy contentos con el cajero; pero Vd. le reemplazará, pues por lo que veo sabe Vd. quebrar á tiempo y sin consecuencias.

El antiguo café del Iris se ha decorado de nuevo por la empresa del café de Madrid. Merece verse.

PASATIEMPO

Solucion al Jeroglífico del número anterior:—La mujer es un manjar de Dioses si no lo guisa el diablo.

CHARADA

Caes en segunda y primera sin remedio, y prima es la que en pos de terciá ves formar mares, no es quimera; en la terciá ver cualquiera puede de seguro el mar, y en fin, para no cansar, ninguno, á no estar beodo, dejará de hallar el todo como se llegue á escamar. (La solucion en el número próximo.)

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 4867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.

ALMANAQUE DE GIL BLAS PARA 1868.

Se halla de venta en la Administracion de este periódico y en las principales librerías á 4 rs. Gratis para los suscritores de GIL BLAS, y los que se suscriban de nuevo hasta el 30 de noviembre lo menos por tres meses. Contiene además de cuarenta y tantos dibujos, anécdotas y sueltos, las siguientes materias: Juicio del año, por Blasco. Recuerdos, por Gil Perez. Los pérdidas (croquis de la vida madrileña), por Rivera. El nuevo testamento, por Blanco. Los gallegos, por Escalera. La trenza de sus cabellos, por J. A. Serenaia, por Palacio. Cosas y casos, por Barrera. Lo que decimos al acostarnos, por Rivera. ¡Ella! por Palacio. Pensamientos de noviembre, por Rivera. La satisfacción, por Blasco. ¡Dichoso aquel que tiene!... Por Rivera. ¡Muy liberal! por Blasco. Un drama en el estómago, por R. Desesperacion, por Gil Perez. Epitafios, por Palacio. Cuento, por Ortiz. El gran porvenir, por X...

GRAN BAZAR DE CALZADO

Montera, núm. 2. ESTACION DE INVIERNO. Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y satén, charol y chagrén, becerriño fino y cabritilla, etc. Lo más elegante de construcción alemana. Precios moderados.

LA HEROINA DE ZARAGOZA. Ó LA CÉLEBRE AMAZONA

EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

Novela histórica por doña Carlota Cabo.

Un elegante tomo en 4.º mayor de más de 500 páginas, con láminas en litografía.

Precio, 14 rs. Se vende en la Administracion, Cabeza, 27, á donde se dirigirán los pedidos.

GRAN GIMNASIO HIGIÉNICO-DINAMOGRAFICO.

SALA DE ARMAS Y TIRO DE PISTOLA.

Mr. Goux, director del gran gimnasio, único de su clase en España, establecido en la calle del Barquillo, 8, triplicado, deseoso de complacer al público que tanto le ha distinguido, ofrece á este su establecimiento, montado segun los adelantos modernos, á precios reducidos. Gimnasia, por un mes, 50 rs; por 3, id. 120; por 6 id., 180; por un año, 240 rs. Armas, por un mes, 120 rs. Tiro de pistola, por una docena de balas, 4 rs.

EN LA IMPRENTA DE ESTE PERIÓDICO

Se imprimen toda clase de obras y periódicos, y tambien se reciben formas para tirar solamente.

Á TODAS LAS SEÑORAS SIN ESCÉPCION.

Acete de bellotas para el cabello. La prodigiosa cantidad de obras tanto antiguas como modernas, en favor de las mujeres, prueba de una manera auténtica el papel importante que hacen en la sociedad. Entre los griegos, Sócrates, Platon, Epicuro, Aristippo, etc., han disertado sobre sus buenas cualidades. Entre los romanos, Séneca, Ciceron, Virgilio, Ovidio, Catullo, etc., han hablado ventajosamente.

A imitación de estos grandes hombres, que dedicaron sus vigilias á esta mitad del género humano, dedico yo las mias, en la pequeña escala de que soy susceptible, confeccionándoles un cosmético, recomendado por más de 60 periódicos de todos los matices, y tenido en el globo por el primero para hacer salir el pelo, contener su caída, dar lustre y larga vida á este bello adorno que le ha dado la naturaleza.

Se vende á 6, 12 y 18 reales frasco, en la calle de Jardines, núm. 5.

El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de SS. AA. RR.

Correspondencia de GIL BLAS.

A un amigo de la claridad (Madrid).—Si es Vd. tan amigo de la claridad, ha debido firmar su carta. Sépa usted que al frente del periódico va estampado el nombre de su director y fundador; además sus redactores responden de lo que escriben y son los mismos que firmaban últimamente. ¿Quiere Vd. mas noticias? ¡Ah! Aconsejo á Vd. que lea la ley de imprenta, y despues escriba un periódico y sea Vd. explicito. ¡Verá Vd. lo que es bueno! D. M. M. R. (Santander).—Observe que los sellos de usted traen muy poca goma. D. M. S. y S. (Alicante).—Ya es tarde para el Album de la prensa. Están los originales en la imprenta. D. M. Q. (Valladolid).—Hay todo lo que Vd. pide. Respecto al precio, á 4 es. el número. Gracias por lo otro. D. G. I. (Infantes).—Tambien á Vd. se le remitió el Almanaque. D. A. de H. (Fuerto de Santa Maria).—Recibido su socorro para Ramirez. Muchas gracias. D. S. A. (Zumarraga).—¡Ah, qué carta y qué retrato á la pluma!